

existen lazos aún más fuertes que el puramente geográfico. No es este el caso para la mayoría de los países europeos.

Louis Montrose en su artículo «The Work of Gender in the Discourse of Discovery» usando la crónica de Walter Raleigh como ejemplo, sintetiza esta visión que algunos habitantes del llamado continente europeo tenían entre ellos: «Para los ingleses en el Nuevo Mundo, los españoles eran lo más próximo al ‘otro’: por ser católicos, latinos, mediterráneos, eran espiritual, lingüística, étnica y ecológicamente diferentes». Clendinnen insiste, no obstante, en subrayar una serie de cualidades intrínsecas, según ella, del «modelo europeo: «Prescott encontró en la persona del líder español el modelo del hombre europeo: despiadado, pragmático, resuelto y (dejando aparte los desafortunados excesos del catolicismo español) extremadamente racional en su manipuladora inteligencia, flexibilidad estratégica y capacidad de tomar una decisión y persistir en ella». Clendinnen, con este comentario, parece haber hallado un modelo de «hombre europeo». Sin embargo, el español –con toda la dificultad que esta generalización representa– nunca se ha caracterizado por ser «extraordinariamente racional», ni excesivamente pragmático, más bien estos adjetivos se aplicarían mejor al mundo protestante, a un alemán o a un inglés –con la dificultad que igualmente esta calificación representa–. Como sabemos, Cortés, que individualmente sí es pragmático y decidido, tiene, a diferencia de otros héroes nórdicos, la capacidad de llorar en varias ocasiones, de ser meloso y tener la risa en la boca. El conquistador Pánfilo de Narváez, por poner un ejemplo contemporáneo a Cortés, pasaría a ser bajo la misma escala de valores, «hombre antieuropeo», ya que nunca le salió nada bien, ni en México contra Cortés, ni en la Florida al mando de su expedición. Clendinnen también ataca al catolicismo español; «dejando aparte los desafortunados excesos del catolicismo español...». ¿Viene al caso atacar a la religión de España en particular? ¿fueron mejores otras religiones durante ese período histórico?

Uno de los mayores errores, en el aspecto militar de Clendinnen, es el de confirmar la presencia de armas no existentes en este período. No existían francotiradores que apuntaban a los líderes aztecas, como se nos quiere hacer creer, de igual manera que no existía el mosquete: «Los españoles valoraban sus ballestas y mosquetes por su capacidad de seleccionar a algunos de sus enemigos muy atrás de la línea de choque: como francotiradores podríamos decir». Interesa observar que el mosquete, del que hace mención Clendinnen, no existió durante la conquista de México (1519-1521). Apareció en España hacia el año 1525, pero no se generalizó su

empleo hasta después de 1550 y no se empleó en Francia hasta el año 1568.⁶ Ni Bernal Díaz del Castillo, ni Hernán Cortés utilizan el término de «mosqueteros», sino el de «escopeteros». Clendinnen probablemente se esté refiriendo al arcabuz, pero este problema de traducción no tendría mayor importancia si sólo se limitase a esto, ya que ambas armas eran muy parecidas, sino a la relevancia estratégica y militar que Clendinnen quiere poner en la utilización de este arma de fuego. Clendinnen, después de dar esta información, nos invita a indagar y ampliar nuestro conocimiento en unas obras especializadas en el tema. Una es una edición traducida de las *Cartas de Relación* de Cortés de Anthony Pagden, *Letters from Mexico* y la otra, *Las armas de la Conquista*, de Alberto Mario Salas. Clendinnen se pregunta por qué los mosquetes son raramente mencionados en las crónicas indígenas, quizás fuese porque no existían...Escribe Clendinnen: «Los españoles valoraban sus mosquetes tanto como sus ballestas, un mosquetero recibía la misma suma en el repartimiento de ganancias que un balletero, aún así, los mosquetes son raramente mencionados en relaciones indígenas... Para una más detallada relación, véase *Las armas de la Conquista* de Alberto Mario Salas». En estas obras, lo que se dice de estas armas, no concuerda en absoluto con lo que Clendinnen nos quiere «contar». Escribe Salas como conclusión del uso de las armas de la conquista: «Puestos a valorar las armas, creemos que ni el arcabuz ni todos los diversos tipos de piezas de artillería que se usaron durante el siglo XVI, ni las alcancías, bombas y otros ingenios semejantes, fueron tan decisivos en la lucha como el caballo, la espada o simplemente como las armas defensivas». Parece como si Clendinnen estuviese fabricando datos inexistentes para reforzar su tesis de que el arcabuz fue un factor decisivo en la conquista de México. La famosa batalla de Otumba, en que Cortés tuvo que salir de México, se libró prácticamente sin artillería y sin arcabuces: «En las primeras grandes conquistas las armas de fuego, escasas y muy lentas, no adquirieron la innegable importancia que asumieron en la lucha durante el siglo XVII en Chile...». (Salas 220). El explorador jerezano Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en el capítulo XXV de sus *Naufragios* menciona que debido a la movilidad y agilidad de los indios, la poca utilidad del arcabuz y de la ballesta en espacios muy abiertos, siendo sólo eficaces cuando luchaban en ríos o atolladeros. Escribe Alvar Núñez: «La manera que tienen de pelear es abajados por el suelo, y mientras se flechan andan hablando y saltando siempre de un cabo para otro,

⁶ *Mosquete*, Enciclopedia Universal Ilustrada, tomo XXXVI, Madrid: Espasa-Calpe, 1958. 1305- 6.1.

guardándose de las flechas de sus enemigos, tanto, que en semejantes partes pueden rescibir muy poco daño de ballestas y arcabuces». A pesar de todo, y una vez más, el libro que Clendinnen recomienda como obra especializada en el tema, *Las armas de la conquista*, contradice por completo el peso que ella quiere dar a esta arma. Escribe Salas:

«Al comienzo habrán creído los indios que aquellas armas deparaban algo más que la muerte; que eran la voz irritada de alguno de sus dioses que los castigaba. Pero cuando sucedió el desengaño, lo desafiaron con la misma impavidez con que esperaban la acometida del caballo...Ni la numerosa arcabucería, ni la artillería bastaron para arredrar a los indios que sitiaban y daban guerra a Cortés en sus aposentos de México, ni a los que apretaban a los españoles en Cuzco».

A pesar de todo, Clendinnen «creando» su verdadera antihistoria intenta convencer al lector, pese a que muriesen tres cuartas partes de los soldados de Cortés en la batalla de Otumba, de la comodidad y cobardía del soldado español en sus enfrentamientos con los indígenas: «Para infligir tales bajas a distancia, sin arriesgar su propia vida en juego, dio a conocer a los mexicanos las características del soldado español». El ensayo «Fierce and Unnatural Cruelty': Cortés and the Conquest of México», llega a su clímax cuando la autora pasa al insulto directo contra los españoles llamándoles, cobardes, oportunistas y falsos. «Contra los españoles, cobardemente oportunistas y en los que no era posible confiar, que desdeñaban las señales de victoria y derrota, no tenían otra alternativa».

Clendinnen, con esta violencia escrita y falta de respeto y educación por la veracidad de los hechos y por la cultura española, pierde, en mi opinión, autoridad en sus argumentos. Sin duda, ignora la labor de la infantería española de ese siglo, no solamente luchando contra indígenas, sino contra los ejércitos más poderosos de Europa, el Mediterráneo y Norte de África. A pesar de todo, la escritora australiana arremete una y otra vez contra todo lo español: «Los guerreros mexicanos continuaron buscando el combate cuerpo a cuerpo con enemigos que dejaban tanto que desear, que se escondían y no querían pelear, amontonándose en pequeñas bandas detrás del cañón y que huían sin ninguna vergüenza». Clendinnen desconoce la actuación no sólo de españoles sino de españolas como María de Estrada y Beatriz Bermúdez de Velasco en la conquista de México.⁷ Se quiera o no, los

⁷ Véase mi artículo «La épica olvidada de la conquista de México: María de Estrada, Beatriz Bermúdez de Velasco y otras mujeres de armas tomar». *Hispanófila*. 118 (1996): 65-74.

famosos «tercios» españoles pudieron sobradamente demostrar su valor durante el siglo XV, XVI y buena parte del XVII. Nicolás de Maquiavelo (1469-1527), al que no se le puede de acusar de ser «amigo de España», lo confirma en *El Príncipe*, publicado seis años antes de la conquista de México. Escribe Maquiavelo:

«Se vio un ejemplo en la batalla de Rávena, cuando la infantería española se enfrentó con las tropas alemanas, las cuales observaban el mismo método que los suizos: de ahí que los españoles, con la agilidad de su cuerpo y la ayuda de sus brazales, hubieran penetrado entre las picas de los alemanes y se hallaran en seguridad para atacarlos, sin que ellos tuvieran medio de defenderse; y si no los hubiera embestido la caballería, los habrían destruido a todos» (Maquiavelo, Cap. XXVI, 6).

Esa siempre añorada Edad Dorada en donde los humanos vivían en completa armonía, que aparece recreada en algunos movimientos literarios, y como se ha apreciado en escritores contemporáneos, tendremos que buscarla dentro de nosotros mismos. Ni siquiera en la América precolombina hay indicios de que este tipo de sociedad existiese. Es un sentimiento noble y hasta cierto punto legítimo, el querer defender a los menos favorecidos por las circunstancias, de ahí la popular identificación con el «vencido», pero también es necesario mantener unos límites de coherencia y objetividad cuando los hechos son presentados.

Todas las ocupaciones militares, sean del signo que fuesen son brutales y traumáticas y la española no fue una excepción. Sí es importante, no obstante, contrarrestar de alguna manera todo el cúmulo de desinformación e interpretación, claramente inexacta; antihispánica, partidista y personal de unos hechos ocurridos hace quinientos años.